

LECCION VIII.

DEL REINO DE CRISTO.

QUE Jesucristo sea nuestro Rey y nosotros sus vasallos, no necesita de prueba, lo confesamos por la fe, y estamos prontos á confirmarlo con nuestra sangre: él mismo lo protestó aun desde su nacimiento: *Ego autem constitutus sum ab eo Rex super Sion*, y al punto hizo que lo publicasen al mundo los Magos: *Ubi est qui natus est Rex?* Y así como nació con el título de Rey en la cruz: *Jesus Nazarenus, Rex Judaeorum*; Jesus Nazareno, Rey de los Judios, que son (segun el espíritu) los fieles verdaderos, como explica S. Agustín. Somos, pues, sus súbditos, como nacidos en su reino, poseidos de su dominio, redimidos con su Sangre, libertados por él de la esclavitud del demonio, y destinados á reinar con él mismo eternamente en el cielo. Mirad por cuántos títulos le debemos sujecion y vasallage, y cuánta felicidad nuestra es vivir debajo del Señorío, y segun las leyes de un Rey infinitamente grande, sabio y bueno.

¿Qué corazón no se llenará de júbilo, sabiendo que puede gozar de sus virtudes verdaderamente reales? La Sabiduria, con que perfectamente conoce las necesidades de sus vasallos; el Poder, con que puede con un solo mirar de ojos remediarlos; la Misericordia, con que se enternece á compadecerse de ellos; la Justicia, incapaz de errar en el premiar los méritos y castigar los

delitos; la Providencia, en prevenir los peligros para librarnos de ellos, y prevenir las necesidades con el socorro de antemano. O qué bien decia David (PSALM. 71.) en el Psalmo Profético, de este Rey, que debajo de su dominio reinaria en el mundo la felicidad, la alegría, la justicia y la abundancia de la paz. Pongamonos un poco á comparar el Rey del cielo con los reyes de la tierra. Estos imponen gabelas y tributos, él los quita, antes paga á su costa las deudas de los suyos. Estos empobrecen á los vasallos para enriquecerse á sí, él se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. Estos en su gobierno muchas veces se apartan de la rectitud y justicia, ó por ignorancia, ó por pasion, ó por malicia; él nunca puede extraviarse de lo justo, porque es la misma Sabiduria, Justicia y Bondad. Estos hacen leyes pesadas, que de ordinario ellos mismos las quebrantan; él pone leyes suaves, en cuya observancia nos vá siempre delante con el ejemplo.

Ahora, este Rey de las virtudes, bajó del trono de su eterna gloria al campo de la vida mortal, para intimar la guerra al mundo rebelde, al demonio tirano, y á los vicios, destruidores del linage humano. El, amoroso de sus súbditos, tiranizados del bárbaro enemigo, lo movió á tan heroica empresa, como librarlos de la cruel esclavitud que padecian, no sufriendole el corazón verlos gemir y padecer en las cadenas. Únicamente lo solicitó el deseo de traer consigo compañeros á gozar la eterna felicidad de su reino, no pareciendole que reinaba perfectamente dichoso, si no comunicaba á sus fieles soldados su felicidad. De suerte, que el fruto de la victoria no

será del Rey, sino de los vasallos, á quien quiere dar el mérito de sus fatigas, y el premio de la batalla y del triunfo. Solamente nos convida á que tomemos con él las armas: *Sumite lorium justitiae, scutum Fidei, galeam salutis*. Nos exhorta á seguir su vandera, ofreciéndose él primero á los peligros é incomodidades, sin resguardar su vida, ni atender á su Magestad. A este fin nos alistó en su milicia, para que con él peleásemos, y en medio de los enemigos, á prueba de trabajos y sudores, diésemos testimonio de nuestra lealtad. ¿Que corazón, pues, habrá tan vil, que se niegue al convite de su Rey, que se ofrece por cabo y general de tan generosa empresa, y nos promete segura la victoria, si no falta por nosotros?

¿Quién tendrá tan poco juicio y tan poco amor de su bien, que rehuse salir en campaña, donde se trata aun mas de su salud, que de la gloria de su Rey? Donde no se puede huir el combate, sino es quedando prisionero del enemigo, que nos viene á asaltar, por privarnos de un reino eterno, y hacernos perpetuamente sus esclavos. Braba cosa sería si un soldado, al tiempo que su capitán está con las armas en la mano, y sale á acometer á los escuadrones enemigos, él se estuviese desarmado, tendido en la cama, ó jugando á los dados. Aquel valeroso Urías, tan celebrado en la historia de los Reyes, decía, cuando David le convidaba al descanso: Mi general Joab está peleando en campaña, ó durmiendo sobre la dura tierra en defensa del Arca: ¿y yo he de tener corazón tan vil, que me esté en casa, regalándome á mi mesa, y durmiendo en mi blanda cama? *Per salutem animae tuae non faciam rem hanc*. Nunca lo haré.

Peró para avivar mas el espíritu, imaginaos que ois á S. Luis rey de Francia, cuando en el asamblea de los principes y señores de su reino, descubierta la cruz, que tenia pendiente al pecho, los convidó á la conquista de la tierra santa. „Mis fieles vasallos (dijo) esta cruz, que veis en „mi pecho, ya os descubre el deseo y el desig- „nio de mi corazón. La tierra santa, la ciu- „dad de Dios, la herencia de Jesucristo, donde „obró los misterios de nuestra redencion, santi- „ficandola con milagros de su vida, y regando- „la con su divinísima Sangre, gime sujeta á la „tirania de bárbaros infieles: ellos han arrojado á „nuestro Dios de la corte y capital de su impe- „rio, para afianzar su tiránico yugo sobre las rui- „nas del cristianismo. ¿Quién podrá explicar la „impiedad con que han arruinado los sagrados tem- „plos? ¿Quién las opresiones y durisimos tratamien- „tos con que fatigan á aquellos pocos cristianos „que allí han quedado, á quien tratan peor que „á esclavos? Las lágrimas de aquellos miserables, „la desolacion de la santa ciudad, me mueven á „compasion, é invocan nuestras armas para que „los socorramos. Yo estoy resuelto de pasar allá „mis vanderas, y derramar, si fuere menester, mi „sangre. A vosotros tambien os ofrezco la cruz: „¿os negareis á aceptarla? Os convido que me „acompañeis en tan noble conquista: ¿os escusa- „reis de seguirme? Yo, yo voy con vosotros á „participar de los trabajos del viage, á experi- „mentar las incomodidades de la guerra, y voso- „tros seréis conmigo participes de los despojos de „los vencidos, y de los premios de la victoria. „Ninguno encontrará mas incomodidades, ni en- „trará en mas peligro, que su rey. Ea, pues, mis

„fieles campeones, vamos generosamente á la sagrada empresa, en que triunfará sin duda la gloria de Dios, de la santa iglesia, y de vuestro valor. Imaginad ahora, que os pone la cruz en la mano el Salvador, que salió del sepulcro victorioso del mundo, de la muerte y del infierno. Con esta cruz no hay duda, que alcanzaremos una gloria inmortal, ya volviendo ricos y cargados de los despojos de los enemigos, ó quedando allí muertos con feliz martirio.”

A este gran convite ¿qué corazón podía resistir? ¿No sería tenido por la mas vil alma del mundo el que se hubiese escusado de seguir á su rey en una empresa tan noble y tan sagrada? Todos, con un corazón, á una voz pidieron la insignia de la cruz, se ofrecieron prontísimos á seguir al rey, á morir antes en la sagrada guerra, que vivir en el sosiego de sus casas en paz. No solo los tres hermanos del rey y los príncipes de la sangre, mas aun la reina su muger, y las tres princesas sus esposas, con otras grandes señoras, pidieron al legado de Inocencio IV, que las admitiese á ser cruzadas, y tuvieron tanto valor y piedad, que se ofrecieron á seguir el estandarte real en la sagrada guerra.

Y si tanto pudo el convite y ejemplo de un rey terreno, respetado y amado de sus vasallos; cuánto mas fuerte y suave atractivo debe tener el encargo y oferta del Rey celestial, justísimo y amabilísimo, para arrebatarnos á que le sigamos? El, depuestas las insignias de su Magestad, y armado de solas las virtudes, viene á combatir con el comun enemigo, y echa entre los fieles un bando general de cruzada: *Qui vult venire post me, tollat Crucem suam, et sequatur me.* ¿Quién quie-

re seguirme á pelear y vencer al príncipe de las tinieblas, que tiene tiranizado al género humano? ¿Quién toma conmigo las armas, *ut destruat corpus peccati*, para destruir los pecados, que son las crueles cadenas que tienen á los hombres en miserable esclavitud? ¿Quién quiere exponerse á breve guerra, por conseguir el reino eterno del cielo? Los trabajos de la milicia serán comunes; no será mejor la suerte del capitán, que la de los soldados, solo que yo seré el primero á entrar en la batalla á plantar el estandarte de mi cruz sobre el campo enemigo: *Quod me facere videritis, hoc facite: ingrediatur partem castrorum. et quod fecero, sectamini.* ¡Oh, cómo podemos dudar de aceptar tal convite, á que obligan tantos motivos? La dignidad del Rey que nos llama, á quien por tantos títulos estamos obligados; la justicia de la causa por sujetar y rendir á un tirano, que tantos estragos y ruinas nos ocasiona; la promesa segura del triunfo, que todo debe redundar en beneficio nuestro; el ejemplo del capitán, que queriendo y tomando para si la mayor parte de los trabajos, no quiere gozar mejor tratamiento que los soldados, y para ellos quiere todo el fruto de la victoria.

Añádese, que nuestro Rey, no solo quiere ir delante como guía para el difícil camino que nos propone en tan ardua empresa, sino tambien quiere dar aliento y vigor para que le sigamos con gusto, y venzamos con alegría y facilidad, como hizo ya san Uvenceslao. Este piadosísimo rey, ardiendo todo en amor divino, usaba visitar de noche las iglesias descalzo, aun en el invierno, en que solia estar la tierra cubierta de nieve. Llevaba detrás á Podivino, su fiel cortesano, el cual

una vez, por el gran frío ateridos los pies, fue forzado á detenerse, por no poder seguir al rey.

Cuando el piadoso rey lo reconoció, le mandó que entrase sus pies en las huellas que él dejaba señaladas. Hizolo el cortesano, y no sólo sintió que se le calentaban los pies, sino todo el cuerpo; con tal ardor, que pudo seguir con alegría en el áspero camino á su Señor. Este mismo efecto hacen continuamente en sus seguidores las huellas del Salvador, que vá delante. No solo nos enseña el camino, mas nos dá bríos para seguirle con ligeros pasos: *Christus viam sanctae conversationis, quam praecurrendo nobis monstravit, ineffabili suavitate respersit.* Sea, pues, áspera, sea difícil, esté llena de trabajos é incomodidades la senda por donde le hemos de seguir, el hallarla toda señalada de sus huellas; el haberla él corrido por nuestro amor, no solamente le ha allanado los pasos, sino la ha hecho deleitable, amena y florida con mil acciones, que nos dejó por ejemplos; ¿pues por qué no le seguimos? *Dominus noster* (dice san Cipriano) *quidquid docuit fecit, ut discipulus excusatus esse non possit, si servus pati nolit, quod prius passus est Dominus.* (EPIST. 56.)

§. II.

CONVITE A SEGUIR ESTE REY.

A la conquista, pues, del mundo, á la salud de las almas, á la ruina de los pecados aspira nuestro Rey. Para esta noble empresa busca por todas partes soldados, convida secuaces: *Non est,* (decia desconsolado Ezequiel) *non est, qui vadat*

ad praelium. ¡O cuánto se cansa en hallar quien le siga, como generoso aventurero, en tan justa guerra! ¡O vileza intolerable de los que somos sus vasallos! ¡O agravio gravísimo, que se hace á tan buen Rey! *Dignus est planè morte, qui cum Christo recusat vivere.* (S. BERN.) Scipión Africano, queriendo partir de Roma á la dificultosísima empresa de Numancia, halló tantos que le siguiesen, por el grande amor que le tenían, ofreciéndose á ir con él, aun sin sueldo y sin estipendio, que (como dice Plutarco) fué menester que el senado, con público pregón, pudiese término y raya al concurso desmedido de los pueblos, porque no quedase despoblada Italia: *Ventus, ne vacua relinqueretur Italia.* Felipe II. llamó á la corte á algunos soldados, que mas valerosamente habian militado en Flandes, bajo del mando de Alejandro Farnesio, para conocerlos y premiarlos. Parecieron todos señalados con gloriosas heridas; y oyendo al rey que les decía con amoroso semblante, qué premio deseaban por sus sudores y heridas? Respondieron: Ningún otro, sino que se nos permita otra vez militar en las vanderas de Alejandro: *Nihil aliud, nisi quod nobis iterum liceat sub Alexandro militare.* Tan grande era la estimación, tan grande el amor que tenían á aquel valeroso capitán. ¡Qué hemos de decir, cristianos, si nuestro soberano Rey no puede alcanzar de nosotros con sus convites y llamamientos, lo que tantos otros, infinitamente menos dignos, alcanzaron de sus súbditos y soldados sin resistencia alguna? ¡Qué escusa se podrá jamás alegar, si no seguimos al Monarca divino con tanto aliento, como se suele seguir á un Señor terreno? ¡Por ventura se dirá, que los trabajos de la milicia, los horrores

de la batalla, que se sufren por el rey de la tierra, son gustosos, son agradables; mas los que se deben padecer por el Rey del cielo son desapacibles y amargos? ¿Y donde está la fe? ¿Donde el amor y obsequio debido al Rey de los reyes? De suerte, que el afecto que se tiene á un príncipe terreno, el interés de un estipendio mundano, hace alegre y conforme á la inclinacion natural, el seguirle en los precisos infortunios y trabajos de la guerra; y el amor que profesamos al Rey celestial, y el premio de una gloria eterna, déja que parezca muy áspero, muy insufrible y repugnante á la naturaleza el militar con él debajo de sus vanderas?

Con razon decia el Salvador: *Viri Nivivatae surgent in iudicio, et condemnabunt vos*, (IUC. 11.) dando á conocer cuán prontos fueron ellos á imitar á su bárbaro Rey, aun en una empresa muy dificultosa; que Sardanápalo, oyendo la ruina de la ciudad, amenazada por el Profeta Jonás, se levantó de su trono, se desnudó sus reales ropas, se vistió un saco, se sentó sobre la ceniza, ayunó: *Surrexit de solio suo, et abiecit vestimentum suum, et indutus est sacco, et sedit in cineri.*

Despues, por público pregón, intimó á sus vasallos un riguroso ayuno, y ura severa penitencia de sus pecados; pero, como reparó agudamente san Ambrosio, para que toda la ciudad ayunase, el rey primero puso de abstinencia estrecha su mesa real: *Ut tota Civitas jejunaret, famen sibi prius Rex indixit.* ¿Quién hizo á Sardanápalo, al rey mas celebrado, de glotón, de profano y delicioso, trocar la púrpura en un saco, la corona en ceniza sobre su cabeza, el fausto

en humillacion, la mesa espléndida en rígida abstinencia de un anacoreta? Mas ¿qué sucedió? Que todos los ciudadanos, nobles y plebeyos, viejos y mozos, desde el primero á el último, hasta los niños de pecho, y los mas acostunbrados á la glotoneria y embriaguez, renunciaron los placeres, ayunaron, echaron sobre sus cabezas ceniza, se vistieron de silicio, é hicieron áspera penitencia: *Vestiti sunt saccis à minore usque ad majorem, et plenam terroribus egerunt penitentiam.* Un Sardanápalo, con su ejemplo pudo tanto con sus súbditos; y Jesucristo, con la idea de sus divinas virtudes, ¿no podrá otro tanto en los corazones de sus fieles? ¿Es esto todo lo que puede prometerse de nosotros un Dios, habiendo bajado de su gloria á nuestra vileza, por ser nuestro Capitan, por governarnos y ayudarnos á la conquista de un reino, á nosotros tan útil, como gloriosa para él? ¿Pues qué hará? ¿Renunciará las armas? ¿Se volverá á su cielo sin pelear? No se lo permite la gloria de su Eterno Padre; ni el amor de nuestra salud. Está dispuestísimo á ir solo á las experiencias, y nos dice: *Vos fugam captis, et ego vadam immolari pro vobis.* Vosotros, como cobardes, me volveis las espaldas, y huís; mas yo vine solo á ofrecer por vosotros el pecho á las lanzas de vuestros enemigos. Quedaos, pues, vosotros, perezosos, á gozar del ocio, á dormir sobre plumas. Yo solo saldré al encuentro á las fatigas y peligros, hasta caer rendido del peso. Entregaos á los placeres, á la embriaguez y glotoneria; para mí serán las penas, á mí me tocará beber el caliz de la pasion; y mientras vosotros alargais la mano á las frutas prohibidas, yo estenderé las mías en el trono de la cruz.

Pero no penseis tener parte en mi reino, porque quien conmigo no pelea, tampoco reina en mi compañía. ¿Y con qué cara tendreis despues osadia de aspirar á mi bienaventuranza, cuando yo os mostraré las Llagas de mis Manos, Pies y Costado, abierto por vuestra salvacion, y vosotros no podreis reciprocamente mostrarme una gota de sudor, no digo de sangre derramada por mi gloria?

¿Tendremos corazon para sufrir, que así nos zahiera? ¿Tendremos ánimo para ver á nuestro Rey en el campo de la batalla? ¿Nos quedaremos desalentados, porque nos ofrece su cruz, y nos dice, que su reino no es de este mundo? *Regnum meum non est de hoc mundo?* Ea, fiemonos de su Bondad, que aun en esta vida, entre los trabajos de la milicia, que por él, y con él profesamos, no dejará de darnos á experimentar los efectos dulces de su beneficencia, y en la otra vida nos tiene prevenido un gran reino, por premio de la batalla; mas no por eso dejará de darnos en esta vida un copioso sueldo.

¿A los que pelean no se les promete un liberal donativo despues de la victoria? Con todo eso, vemos que entretanto se les dá un competente sueldo en el tiempo de la batalla. Los interiores gustos de ánimo, las consolaciones espirituales, el júbilo de la buena conciencia, son unos tratamientos amorosos, con que este benigno y benéfico Rey, aun en el tiempo de la guerra presente, premia y contrapesa lo que se obra y padece por su amor. Solo el pensar que hemos de pelear y padecer con tan gran Rey (decia santa Teresa) nos debe hacer, no solo animosos, sino alegres y alentados en los trabajos y tribula-

ciones. Los valerosos Macabeos, llegando á afrontarse con el ejército de los enemigos, se acobardaron y entristecieron, porque de repente un arroyo impetuoso les atajó el camino; cuando poniendose delante el valiente Simón, su Capitan, se arrojó el primero al agua con ánimo invencible. A esta vista todos cobraron aliento y brio, y ninguno, de veinte mil que eran, dejó de seguirle: *Transfretavit primus, et viderunt cum viro, et transierunt post eum.* (1. MAC. 16.)

Y despues resonaron las sagradas trompetas: *Exclamaverunt Sacris Tubis.* Al ver pasar su Capitan, esforzados vadearon el arroyo los soldados, no solo con generosidad, sino tambien con alegría, hasta ganar al son de las festivas trompetas la victoria. Oh, qué bien nos asegura el Eclesiástico: *Gloria magna sequi Dominum, et nihil dulcius quam respicere in mandatis ejus!* (ECLE. 23) No solamente es cosa gloriosa, sino dulce y alegrisima, seguir al Señor, y ejecutar sus mandatos.

¿Acaso te parece empresa difícil y ardua haber de retirarte del camino ancho de los vicios, y entrar por la senda estrecha de las virtudes? ¿Pero qué aliento no infundirá al corazon llevar á los ojos por guia al Rey del cielo? Amarga cosa nos parece apartar los labios del dulce licor de los placeres, por aplicarlos á la hiel de la mortificacion; ¿pero qué suave y sabrosa la hará la reflexion, que Cristo primero la endulzó y azucaró con su divina Boca! Tememos, como vida difícil y melancólica, el vivir sin la conversacion licenciosa de ciertos amigos del pasatiempo. Mas la dulce conversacion del Rey celestial, y con eso el tenerlo por compañero en los tra-

bajos y tribulaciones, no prevalecerá v valdrá mas que la compañía de cualquier criatura?

Revolved las Escrituras sagradas, y hallareis, que en virtud de solo esta compañía se alentaban todos aquellos Padres á entrar en cualquier ardua y trabajosa empresa: *Ego ero tecum*. Yo estaré contigo, les decia Dios. Así lo dijo á Isac, cuando le quiso animar á no temer las asechanzas de los Palestinos: *Ego tecum*. Así lo prometió Dios á Jacob, cuando quiso alentarle á emprender la largo y áspera peregrinacion á vuelta de su patria: *Ego tecum*. Así lo ofreció á Moisés, cuando le quiso dar brios para el grande empeño de librar á los Israelitas del cautiverio de Faraón: *Ego ero tecum*. Así, finalmente á Josué, cuando le encargó la dificultosa empresa de conducir el pueblo á la tierra de promision. Y así tambien nos dice á nosotros el Salvador: *Nolite timere: Ego vobiscum sum, ut salvos faciam*. Ceda, pues, todo temor; Yo estoy con vosotros á daros todo conorte, y libraros.

Pues ¿qué nos detiene? ¿Cómo dilatamos el seguir á tan amoroso y benéfico Señor y Rey? Ea, ánimo, digamos generosamente con el devotísimo Bernardo: *Sequemur, Domine, Te, per Te, ad Te: quia Tu es Via, Veritas, et Vita. Via in exemplo; Veritas in promiso; Vita in praemio*. (SERM. 2. ASCENS.) Quiero, ¡ó soberano Rey mio! y con gran corazon y afecto quiero seguiros adonde me quisieris llevar: aquí está mi voluntad y mis potencias, prontísimas á pelear debajo de vuestro mando. Bastaba solo vuestro convite para moverme á aceptar ligeramente vuestro servicio.

¿Qué debo hacer ahora con vuestro ejemplo? ¿Cuando vos, Rey de Soberana Magestad, que-

reis entrar á la parte de los trabajos, tomando para vos lo mas arduo, lo mas difícil, lo mas penoso, y dejando para mí lo menos molesto y lo menos amargo? Esta vuestra Bondad me arrebató todo el corazon, y me hace una amorosa violencia para seguiros: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum*. Una, y otra vez estoy dispuesto á seguiros, ya sea por un camino llano sin trabajos, ni espinas; ya sea cuesta arriba por sendas ásperas, llenas de malezas y dificultades. Ni me pone miedo, Señor, lo que prevenis: Que quien quisiere ir en pos de vos, se niegue á sí mismo: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum*: ni me acobarda haber de tomar la cruz para seguiros: *Tollat Crucem suam, et sequatur me*: porque este es un dulce amargo, que mas me alhaga y regala, que me desmaya, ni desalienta, sabiendo, que debo padecer en vuestra compañía, y que vos vais delante con cruz mucho mas pesada: que yo he de llevar la mia, sustentada de vuestra poderosa mano, á quien ha hecho ligera y suave el haber estado sobre vuestros divinos Hombros. Aceptad, pues, con agradables ojos y afecto, ¡ó divinísimo Rey mio! esta mi ofrenda; dad valor á este mi buen deseo, asistidme con vuestra eficaz gracia, para que yo pelee valerosamente en vuestro servicio, para reinar despues con vos eternamente en vuestra gloria.

§. III.
EJEMPLO.

Siendo rey de Francia Theodoberto, tuvo en su corte un caballero principal llamado Floro, que por la excelencia del juicio y el valor de la espada, tenia el primer lugar en la gracia del rey, y en el gobierno del reino. Este, como quien estaba en el auge favorable de su fortuna, con todo eso, no hallaba paz en su corazon, ni alegría en su ánimo; por lo cual, siendo de espíritu virtuoso y pio, frecuentemente revolvia en su pensamiento estos desengaños: ¿Qué me puede dar en recompensa de tanto como le he servido? Y ¿qué pretendo yo con fatigarme tanto por él en la corte y en lo campaña? ¿Honras y riquezas? Y ¿cuán vanos y frágiles son todos los bienes de la tierra, pues no me sosiegan el corazon, y cada instante me pueden fatar! ¡Oh! ¿Si yo hubiera hecho y padecido otro tanto por el Rey del cielo, quanto por un rey de la tierra, no sería un grande santo? ¿No hubiera adquirido y asegurado una gloria verdadera y eterna? Pues ¿por qué no me resuelvo, lo que me queda de vida, mudar de esclavitud, y hacer otro tanto por el reino del cielo? En estos pensamientos estaba Floro, quando Alderado, su cuñado, le dió noticia de la llegada de san Mauro Abad, con algunos monges sus compañeros, para fundar un monasterio en Anjou; y movido del Espiritu Santo, determinó emplear sus ricas posesiones en el sagrado y magnífico edificio. Y sin detenerse, montado en un caballo, se fué en busca del santo Abad,

y viéndolo de lejos, se apeó, y tres veces antes de llegar, hincó las rodillas, en señal de humildísima reverencia. Abrazaronse con tiernísimas lágrimas, y se retiraron solos aparte en dulces coloquios. Allí Floro ofreció sus riquezas para la fabrica del convento; demás de eso, le entregó un hijo suyo pequeño, llamado Bertulfo, para que le criase en el servicio del Rey del cielo, en vez de servir de page á un rey de la tierra. Fuera de esto, en secreta confianza añadió, que él mismo estaba con gran deseo de trocar la miserable esclavitud del mundo, en la felicísima de Cristo.

Acabado el sagrado edificio, él siempre hastiado y cansado de los negocios de la corte, procuró manifestar con el modo mas humilde y respetuoso, su determinacion al rey: Señor, le dijo, mucho tiempo ha que Dios me está llamando á servirle. He gastado la flor de mis años en el servicio de vuestra Magestad. La razon pide, que lo poco que resta de mi vida, se emplee en la conquista del reyno eterno. Si yo me despidiera para pasar á servir á otro rey de la tierra, sería el hombre mas ingrato del mundo; pero quando solo trato de servir al rey del cielo, no me sabrá negar vuestra piedad su grata licencia. Dios me llama á vivir debajo de la direccion de Mauro Abad, que pocos dias há, llegó á vuestro reino. He á hacer penitencia de mis pecados, y oracion por la salud y vida de vuestra Magestad. El rey, que le escuchaba atónito, le atajó el discurso abrazandole; y llorando tiernamente, le respondió: No me podiais dar nueva mas desagradable. El amor que os he tenido puede ser prueba de mi dolor.

Me arrancais el corazón del pecho con daros esta licencia y despedida. Con todo eso, si Dios os llama, es preciso obedecerle, y que no os lo embarace. El servicio del soberano Monarca, debe prevalecer á todo mi afecto, y á todos los intereses de mi corona. Solamente deseo, que me aviseis el día que quereis consagraros á Dios, porque quiero ser testigo de la ejecución de tan heroica empresa.

Apenas hubo conseguido Floro la licencia, cuando de carrera partió al Monasterio, y ajustado el día que habia de tomar el sagrado hábito, dió aviso al rey, añadiéndole, que en el Abad, habia hallado un ángel del cielo. Fué el rey acompañado de gran cortejo de Señores; y llegando á la puerta de la iglesia, se arrojó arrodillado á los pies del santo Abad, pidiéndole con regia humildad la bendición, y encomendando en sus oraciones su persona y su reino. Luego vuelto á abrazar uno á uno los monges, y viendo á Bertulfo, hijo de Floro, se le estrechó con singular afecto á su pecho. Pasando despues al altar mayor, despues de breve oracion se sentó el rey con su corte en un trono á la diestra del altar, y á la izquierda el Abad con sus monges. En esto apareció Floro con humilde, pero alegre semblante, y puesto de rodillas en medio, se quitó el talabarte militar, y las otras insignias de caballero, y con devota humildad pidió á san Mauro el hábito de la religion, y la librea del rey del cielo. El santo le remitió al rey, suplicándole, que él mismo se dignase de ser el primero en cortarle de su mano parte de los cabellos, y consagrarle á Dios. Cortóle el rey una trensa, y despues hicieron lo mismo los otros principes, en el

cuál acto no pudieron contener las lágrimas, y lloraron mucho el rey, y toda la corte, viendo á Floro, de gran Señor del mundo, hecho humilde siervo de Cristo. Pasmábanse, como un caballero noble, rico, poderoso, favorecido del rey, primer ministro de un gran reino, en lo mejor de su edad, en lo mas elevado de su floreciente fortuna, conocida la vanidad del mundo, ilustrado de luz celestial, diese de mano á las grandezas de la tierra, por abrazarse con la humildad cristiana, con la pobreza Evangélica y desprecio del mundo.

Acabada una acción tan solemne y gloriosa, el rey se dejó vencer de los ruegos, y entró en la hospedería del convento á tomar la refección de un agasajo. Al fin de ella llamó á Floro, ya enteramente vestido del hábito de monge, y hecho caballero de Cristo, y despues de haberlo tenido largo rato entre sus brazos, y dado muchos ósculos en la frente, derramando muchas lágrimas, le dijo por último recuerdo estas memorables palabras: Floro, ya que como caballero del mundo habeis tan fiel y honradamente servidome á mí, que soy vuestro Señor; de aquí adelante servid, como caballero de Cristo, servid con la misma lealtad y cuidado al Rey del cielo: *Tibi sollicitè procurandum est, ut sicut in saeculari habitu strenuè semper, ac nobilitèr conversatus es, ita nunc quoque in Sacra Religione Deo semper placere satagas;* y así como en lo pasado, con la espada en la mano, habeis defendido mi reino; así en adelante le defendais con vuestras oraciones. Dicho esto, y tomada la bendición del Abad, se puso á caballo para volver á su corte; pero no pudo traer consigo todos sus cortesanos, por-

que el ejemplo de Floro movió á algunos de aquellos Señores, unos á que renunciassen el mundo y su esclavitud, por seguir la milicia de Cristo, otros á entregar sus hijos á san Mauro, para que los criase en el servicio de Dios; y cada dia veía Theodoberto faltar de su corte, yá uno, yá otro de sus gentiles hombres y caballeros, que corrian al monasterio, donde habian dejado el corazon, á tomar el hábito de la religion. Vivió Floro otros doce años en perfecta observancia, ayunos, vigili-
 as y humillaciones, acordandose siempre de las palabras del rey, que debia servir con tanto empeño y solicitud al rey del cielo, con quanto habia servido y militado por un rey de la tierra.

Lease á Tomás de Kempis, lib. 3. cap. 1. De las hablas interiores de Cristo al alma fiel.

VERDADES ETERNAS,

EXPLICADAS EN LECCIONES

ordenadas principalmente para los dias de los Ejercicios Espirituales.

TOMO SEGUNDO.

LECCION NOVENA.

DE LA ENCARNACION Y NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

EN el sacratísimo Misterio de la Encarnacion, hizo Dios una general de mostracion de sus divinas perfecciones, por levantar todos los entendimientos á admirar su grandeza, y arrebatat todos los corazones á amar su Bondad; porque quien no admira la infinita bondad, con que Dios, no contento con haber dado al hombre tantas bellas criaturas, quiso tambien dársele á sí mismo, uniendo la naturaleza Divina con la humana, bajando Dios á ser hombre, y ensalzando al hombre á ser Dios. ¡Quién no amará la benéfica Om-